Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

El supremo poder judicial del secreto

La degradación del criterio moral alcanza en España su apogeo. Se verán cosas mayores, pero no mejores que las ya vistas. Roto el sentido común en lo público, el último jirón de dignidad se desvanece y el drama anunciador de la tragedia personal aparece. Lo sucedido en el aniversario de la Constitución y en vísperas de la recepción en el Palacio de Justicia del lugarteniente del crimen de Estado, y del fallo del T.S. sobre el derecho a la impunidad del crimen amparado en la ley de Secretos Oficiales, necesitaría el talento narrador de un Shakespeare para ser contado a los siguientes generaciones. En su oscuro caminar hacia el trono, el deforme Gloucester asesina a su hermano, Príncipe de Gales, y decide cortejar a la viuda Ana, en el acto mismo del entierro, para devenir Ricardo III. Al crimen impúdico se añade el impúdico matrimonio. En la fúnebre fiesta de la Constitución, la deforme presidencia del sangriento GAL-CESID y de los saculentos fondos reservados, estando de cuerpo presente la ley y el derecho por ella misma asesinados, decide desposar a la Justicia Suprema, anillándola al mérito de la Constitución del secreto de Estado, para devenir Felipe el Librado. Así, al pregonado crimen del Gobierno se une el pregón de la Justicia con el matrimonial.

★

La historia del drama personal, la lucha por retener el poder o ir a la cárcel, no ha hecho más que empezar. Ansias y miedos irreversibles han desencadenado la carrera final de la ambición hacia la consumación de su destino. Condenado a seguir su curso inexorable, el caballero sin montura cabalga a horcajadas de la incertidumbre y del olvido. Pasaron las horas de lo remediable, y aún no han llegado las de lo previsible. Nadie está seguro de sus apoyos de ayer ni de las traiciones de mañana. Nada que sea importante para otros permanece en su puesto. Mira a la derecha que puede venir y a la izquierda que se puede quedar. Y pregunta de todo a todos sin esperar respuesta. La inseguridad alimenta la credulidad. Han bastado una sonada visita extranjera, un lustroso nombramiento extranjero y una fuerte agitación social extranjera, para que lo previsto aquí como imposible, la prórroga de un poder corrompido y enredado en una permanente conspiración de sus intereses creados, parezca de pronto, más que posible, probable. El nacionalismo de la periferia necesita conservar la llave maestra que abre la despensa del Estado central. El oráculo encuestado presagia la galopada de un cadáver descarnado por la corrupción, cubierto con armadura sin brillo, que no logra retener, descabalgado, la fortuna.

★

En el campo de batalla, arruinado de famas efímeras y de figuras retorcidas, torna a la vida lo primitivo. Agarrarse a lo que sea, a la apariencia de las sombras de la Justicia, para huir rápido del espanto. ¡Mi reino por un caballo! Cálculo de combinaciones. Lanzas rotas y jamegos desfallecidos. Tropa desmañada sin jefes de compostura. Retorno precipitado al ayer, suma esperanza sin mañana. La imaginación de lúgubres pesadillas sobrepasada por la crudeza de la realidad. La Justicia Suprema hace al sembrador de cadáveres juez y parte de la contienda civil, de la contienda secreta. Nada hay ya de pic, salvo el secreto oficial divulgado a voces. El Gobierno secreto, la Justicia secreta, la noticia secreta, mantienen de pie al poder del secreto y de rodillas a los escuderos del secreto. Supremos jueces del secreto deciden dar la competencia judicial sobre el crimen secreto a los legisladores de la ley del secreto. La razón secreta de Estado reina sobre la sinrazón pública de la sociedad. La verdad y la existencia misma de la sociedad es una insoportable afrenta al Estado del secreto criminal. La Suprema justicia declara la guerra a la verdad y a la sociedad. Las formas barrocas del pasado derrotan a la promesa de vida. ¡Mi reino por un secreto criminal compartido! Fórmula de la democracia. El cementerio civil, pasto del Estado.

TRIBUNA LIBRE

Los pavores de la clase media

[ALBERTO MONCADA]

La oficina del Censo de los EEUU acaba de confirmar que el tamaño de la clase media norteamericana es menor hoy que hace quince años y que ese tamaño ha ido disminuyendo ininterrumpidamente desde 1969. Esto confirma la tesis de que el modelo americano, tan caro a los líderes políticos y económicos españoles, aumenta el número de los ricos pero sobre todo el de los pobres y llena de pavor a esa clase media cuyos variados componentes tiemblan ante la posibilidad de descender escalones económico-sociales. Como dice una amiga psicóloga: «La verdad es que no sé si el año que viene tendré criada o me pondré a servir». Las clases medias lo son, sobre todo, porque han dejado de ser pobres, porque han perdido relativamente de vista las situaciones de carencia que les contaban sus padres o sus abuelos. Su ideología, y sus afanes, están hechos más de distancia de los de abajo que de acercamiento a los de arriba. Incluso, en la sociedad norteamericana, muchos ricos presumen de ser de clase media porque viven en un mundo donde se premia los valores de ese trozo de

población que comenzó a dominar la escena urbana a partir de la reconstrucción posbélica. Las clases medias han cumplido en muchos países una función de colchón apaciguador de las iras de los pobres respecto de los poderosos y han sido, como sabemos por la sociología de nuestro franquismo, eficaces mecanismos de desideologización. En treinta, cuarenta años,

en consumidores. En virtud de ese proceso de privatización del comportamiento que genera la sociedad de consumo, las clases medias están principalmente dedicadas a mejorar su nivel de vida, a considerar como el principal logro de su biografía el tener satisfacciones personales, renunciando paralelamente a la participación pública. Una parte importante de la clase media tiene relaciones estrictamente clientelistas con el poder político, quiere gobiernos que le garanticen, sobre todo, el valor adquisitivo de sus salarios, el orden necesario para ir y volver cada día pacífica y cómodamente a sus ocios y a sus negocios y está dispuesta a ceder a cambio importantes parcelas de sus libertades, algunas de las cuales, como la de asociación o la de libre expresión, apenas tienen sentido para ella. Ciertos sectores de la clase media, en su afán por poner distancia respecto de los pobres, están reclamando hoy la privatización de los servicios públicos cuya expansión, en los años sesenta, fuera un signo del Estado del bienestar y del principio de solidaridad colectiva que entrañaba. Tener atención sanitaria, educación privada se está convirtiendo en distintivo de unas clases medias que aborrecen mezclarse, ellos o

La gran preocupación de la clase media en EEUU es mejorar su nivel económico

muchos países con conflictos sociales profundos, tanto sures europeos y americanos, han visto quebrarse los antagonismos de clase y la fenomenología política correspondiente, al calor de un desarrollo económico que ha convertido a un tercio largo de sus ciudadanos

REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

Demasiado ruido a la izquierda

«Gutiérrez acusa», se lee en la primera página de *Diario 16*. «Gutiérrez censura», dice la de *La Vanguardia*. «Gutiérrez declara la guerra», aparece en la parte inferior de la portada de *El País*. «Gutiérrez arremete», en la superior de la de *El Conveo Español*. «Enfrentamiento decisivo», explica la primera de *ABC* entre las fotografías de Julio Anguita y el secretario general de CC.OO., Antonio Gutiérrez. Anguita se quejaba de que los medios de comunicación habían tergiversado sus declaraciones sobre CC.OO. y parece que Gutiérrez le ha salido periodista. La portada de *Diario 16* informa de que el sindicalista denuncia la existencia de cartas que «demuestran injerencias de la coalición en el sindicato» y asegura que ha calificado al secretario del PCE de «manipulador cínico».

Lo remacha el periódico en su editorial: «puede que el secretario general comunista no haya criticado a Antonio Gutiérrez y sus seguidores, pero en el foro congresual lo ha hecho Agustín Moreno con acusaciones muy serias. Y ya sabemos lo que aconsejaba Graellán a príncipes y gobernantes: *Lo placentero, obrarlo por sí; lo comprometido, por terceros...* No necesita terceros *Diario 16* para reprocharle a Anguita, además, el «disparate mayúsculo» de «decir que liberalismo y democracia se excluyen». En *El País* se ocupa del

asunto Santos Juliá. Para el columnista, el PCE ha mantenido tradicionalmente una estrategia de hegemonía en organismos «que les servían a veces de instrumento, otras de mero escaparate» y le recomienda que salgan a la calle y traten de ganar las elecciones «blandiendo sus propias banderas, que las tienen y muy hermosas». «Pero presentarse enquistados en otros organismos —concluye Juliá—, por más que se invoque a Gramsci, es estalinismo de la peor especie, de la que tiene al resto de partidos y sindicatos como menores de

edad, necesitados de partido guía e incapaces por tanto de discernir sus verdaderos intereses y adoptar sus propias estrategias». Y eso que, según un suelto del mismo periódico, «la moderación predominó ayer en los trabajos del congreso»: el PCE es un partido «marxista-revolucionario, pero no leninista, como proponían las juventudes». Pero estas cosas doctrinales quedaron en un segundo plano ante la opinión pública. *La Vanguardia* había consultado ayer «fuentes empresariales» y parece que lo de marxismo-revolucionario y leninismo les preocupa menos que el temor a que, fruto de estas tensiones e injerencias, «se imponga (en CC.OO.) la línea ortodoxa, liderada por el secretario de Acción Sindical, Agustín Moreno, frente a la renovadora,